

¡ALLÍ ESTARÁ MI TUMBA!

Isabel LIZARRAGA VIZCARRA
islizarr@gmail.com

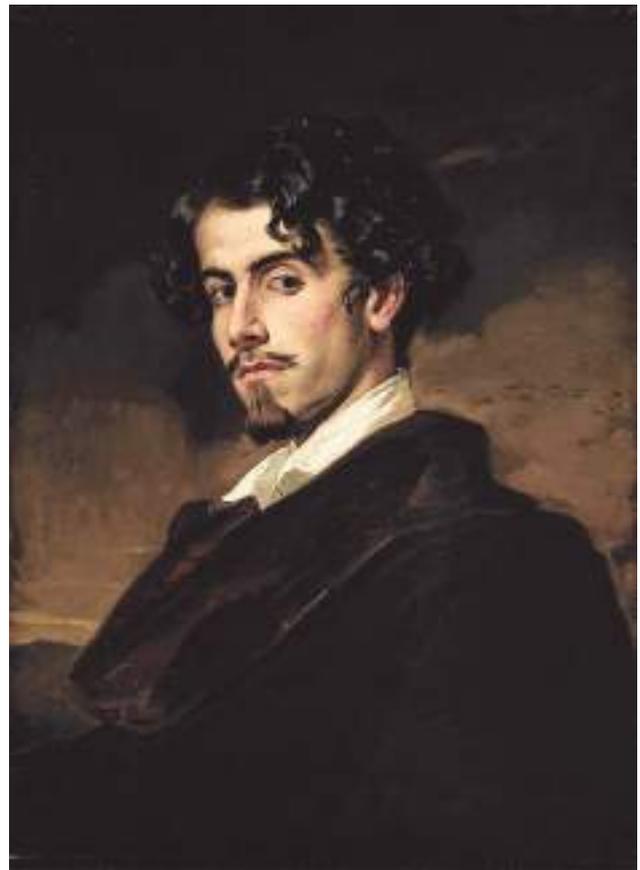
Cuando la máquina del tren se detuvo en Tudela, dos jóvenes saltaron al suelo. Ambos eran elegantes y bien parecidos, delgados y animosos; por igual, gastaban bigote y perilla y vestían traje negro con camisa blanca. El más enteco, que parecía el mayor aunque probablemente apenas tendría poco más de treinta años, se cubría las entradas con un sombrero de copa, y su hermano –o quien tal parecía– lucía una melena undosa y flameante. Eran artistas y aquella primavera de 1864 abandonaban Madrid para buscar el sosiego del campo. Desde Tudela tenían la intención de tomar una diligencia hasta Tarazona y allí alquilar unas mulas que los llevaran al Monasterio de Veruela. La parada en Tudela era obligada, pero además, intuendo que era una villa repleta de encanto y de historia, imaginaron que era un buen lugar donde cobrar alguna idea para sus respectivas obras y decidieron visitarla a la vez que buscaban una fonda donde comer.

En efecto, la localidad no les defraudó: las callejas antiguas de la parte vieja aún mantenían el regusto exótico de la época medieval y algunas casas semi-derruidas parecían conservar cierto palpito de un pasado caballeresco donde se entremezclaban las culturas y correrías habidas hace siglos entre cristianos, moros y judíos.

Aún impresionados por la huella del pasado, los viajeros se llegaron a la Plaza Nueva, una antigua plaza de toros que ofrecía a la vista, en lugar del redondel, una cuadrícula encerrada por edificios de fachada blanca y tejados rojizos, entre los que destacaban la Casa del Reloj y el Hospital de Santa María de Gracia. Y allí mismo, en la puerta del Sanatorio, avistaron a un anciano pedigüeño que reclamaba limosna.

Los dos jóvenes se acercaron más por curiosidad que por largueza. Era un hombre que aun en la indigencia conservaba cierto porte aristocrático, con su barba blanca, sus ojos tristes, la faz alargada y la cabellera larga, despeinada y canosa. Deseando participar de la sabiduría antigua que probablemente el anciano heredara del peso de la historia, se inclinaron para oír su salmodia.

–Por una moneda un mundo; por una sonrisa, un cielo... –recitó el hombre, alargando la mano.



*Gustavo Adolfo Bécquer, por Valeriano Bécquer, 1862
(Museo de Bellas Artes de Sevilla).*

El viajero más joven rio.

–No es así –comentó con extrañeza, dirigiéndose a su hermano Valeriano–. «¡Por una mirada, un mundo; por una sonrisa, un cielo!» Esos son los versos de mi pluma. ¿Cómo ha conocido este hombre mi poema?

–¡Bah! ¡Una casualidad! –contestó el hermano– ¡Déjalo! Vamos a comer a la posada Pelairea, que ya es la hora.

Los dos hermanos sevillanos, Gustavo Adolfo Bécquer y Valeriano, después de perseguir el triunfo de su arte en Madrid, habían ideado establecerse provisionalmente en Veruela, junto con sus dos familias, con la intención de descansar y buscar nueva inspiración para su literatura y sus cuadros, respectivamente. Valeriano tiró del brazo de Gusta-



Santa María de Gracia de Tudela.

vo Adolfo, pero el poeta no se quiso despegar del anciano limosnero, que alargaba la mano y, a la vez, parecía incitarle con la mirada.

—¿Por una moneda, un mundo? —le preguntó con curiosidad no exenta de impaciencia—. ¿Quién eres tú?

—«En mar sin playas, onda sonante; en el vacío, cometa errante...» —contestó el hombre suspirando, como sin darle importancia— «¡Eso soy yo!».

El poeta se sorprendió. Aquello era inexplicable: él todavía no había publicado en revista ni periódico alguno esa Rima, así que era imposible que el anciano la hubiera conocido de ningún modo. ¿De dónde habría sacado su misma idea?

—«¡Largo lamento del ronco viento!» —completó Gustavo Adolfo recordando su propia composición—. «¡Ansia perpetua de algo mejor!».

—¡Vámonos, hermano, vámonos! —se impacientó Valeriano. No comprendía lo que estaba pasando, pero aquel encuentro comenzó a parecerle asunto del diablo. A medida que observaba al anciano creía advertir alguna semejanza extraña con personas de su propia familia, cosa totalmente inconcebible.

—«¡Yo, que a tus ojos, en mi agonía, los ojos vuelvo

de noche y día!» —continuó canturreando el pedigüeño, como si fuera una cantinela antigua, mientras se persignaba.

El poeta joven pasó del asombro al estremecimiento. ¿Es que aquella melodía era parte de alguna oración de su infancia que él había adoptado como suya sin recordarlo? ¿O era que el hombre le estaba robando el fruto genuino de la cosecha de su arte? Desatendiendo los empujones de su hermano para apartarlo, Gustavo Adolfo se encaró ante la máscara de lo que parecía un maleficio.

—«¿Adónde vas?» —aulló casi presa del pánico, con intención de provocarle—. «¿De dónde vienes?».

El pordiosero sonrió ladinamente y respondió con excesiva calma.

—«¿De dónde vengo? El más horrible y áspero de los senderos busca...». «¿Adónde voy? En donde esté una piedra solitaria, allí...» —entonces calló, como si le costase un gran esfuerzo o un gran dolor acabar con la Rima—. «Allí...»

—«¡Allí estará mi tumba!» —concluyó Gustavo Adolfo desfalleciendo.

El joven poeta y el anciano limosnero habían quedado frente a frente y entonces Valeriano advirtió el escalofriante parecido: el mismo perfil marfileño, la misma cabellera cabalgando contra el viento, la barbita igualmente deshinchada con sutil descuido, en un caso con el cobrizo color de los veintiocho años y en el otro con la albura de la ancianidad.

—«¡Allí estará mi tumba!» —quedó musitando el poeta mientras Valeriano, a fuerza de brazos, conseguía despegarlo de la visión demoniaca de su duplicado del futuro.

El pordiosero, por ironías de la vida, quedó sin su limosna a pesar de su sabiduría, y los jóvenes, por la fuerza del instinto, se llegaron a la posada para alimentar las necesidades de su juventud. Sin embargo, la quimera que presenciaron en Tudela fue el detonante del empeño más importante en la vida de Gustavo Adolfo Bécquer: prefería morir de cualquier enfermedad conocida o desconocida antes que llegar a la ancianidad cargando con el infortunio y la pobreza.

Seis años más tarde el destino hizo que fatalmente se cumpliera su deseo y Gustavo Adolfo murió a la temprana edad de 34 años.

—«No moriré del todo» —quedó recitando en Tudela el anciano limosnero.

Non omnis moriar, en palabras de Horacio. Si Gustavo Adolfo hubiera atendido al mensaje completo del pedigüeño de Tudela, este antiguo lema probablemente le hubiera podido confortar 